

El principio del buen vivir o Sumak Kawsay como fundamento para el decrecimiento económico

Principle of good living or Sumak Kawsay
as basis for economic slowdown

O princípio do bem viver o Sumak Kawsay
como fundamento para o decrescimento econômico

Fecha de entrega: 20 de septiembre 2015
Fecha de evaluación: 20 de octubre de 2015
Fecha de aprobación: 15 de noviembre de 2015

*Omar Cabrales Salazar**

Resumen

Con el neoliberalismo como modelo económico imperante en los últimos 30 años, el comportamiento consumista de la mayoría de las sociedades occidentales y mediorientales que se incorporaron a la economía mundial desde la revolución asiática ha desempeñado un papel importante en la consumación de mayores recursos naturales, ya que concentraron su desarrollo inicial en el uso y exportación de materias primas y bienes del sector primario de la economía. Debido a que la idea de progreso occidental se afincó, entre otras cosas, en el consumo indiscriminado de bienes “efímeros”, el ritmo frenético de la productividad y el reemplazo de los bienes que pasan de moda por

* Doctor en Ciencias Sociales y Humanas por la Pontificia Universidad Javeriana, Docente de tiempo completo de la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad Militar Nueva Granada, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: omar.cabrales@unimilitar.edu.co

la obsolescencia programada han generado mayor contaminación y deterioro ambiental.

En este sentido, el artículo argumenta sobre la necesidad de implementar otros modelos o ideales de vida y de progreso ante el daño ambiental y social generado por la explotación de los recursos naturales en los países latinoamericanos durante el periodo del neoliberalismo. A partir de los postulados de Vattimo (1994) sobre el fin de la Modernidad, se argumenta sobre el ocaso de la idea de progreso occidental y la emergencia de otros ideales y estilos de vida. Finalmente, se exponen las razones que hacen necesario el cambio de modelo, instando a la reducción voluntaria del consumo y el decrecimiento económico como alternativas de desarrollo desligadas de la idea progreso postulada en el mundo occidental, con base en la cosmovisión ancestral kichwa del buen vivir o *sumak kawsay*.

Palabras clave: no consumo, buen vivir, decrecimiento económico

Abstract

With neoliberalism as dominant economic model over the last 30 years, the consumer behavior of most of Western and Middle Eastern societies which joined the world economy since the Asian revolution, have played an important role in the consumption of major natural resources, since they focused their initial development in the use and exportation of raw materials and goods of the primary sector. Because the idea of western progress settled, among other things, in the indiscriminate consumption of “ephemeral” goods, frantic pace of productivity and replacement of goods that go out of fashion as a consequence of programmed obsolescence, this has generated more pollution and environmental deterioration.

In this sense, the article examines the necessity of using other models or ideals of life and progress to prevent the environmental and social damage generated by the exploitation of natural resources in Latin American countries during the last neoliberal period. From the postulates of Vattimo (1994) about the end of modernity, the downfall of

the idea of western progress is discussed as well as the emergence of new ideals and lifestyles. Finally, they show the reasons which make necessary a change of model, calling on for a voluntary reduction of consumption and economic slowdown as alternative divorced from the idea of progress in the Western world, based on the ancient Cosmology of Kichwa on good living or *sumak kawsay*.

Keywords: No consumption, good living, economic slowdown

Resumo

Com o neoliberalismo como modelo econômico imperante nos últimos 30 anos, o comportamento consumista da maioria das sociedades ocidentais e do Oriente Médio que se incorporaram na economia mundial desde a revolução asiática tem desempenhado um papel importante na consumição de maiores recursos naturais, dado que concentraram seu desenvolvimento inicial no uso e exploração de matérias primas e bens do setor primário da economia. Devido a que a ideia de progresso ocidental se aprofundou, entre outras razões, no consumo indiscriminado de bens “efêmeros”, o ritmo frenético da produtividade e a substituição dos bens que passam de moda pela obsolescência programada tem gerado maior poluição e deterioração ambiental.

Neste sentido, o artigo argumenta sobre a necessidade de implementar outros modelos ou ideais de vida e de progresso por causa do dano ambiental e social gerado pela exploração dos recursos naturais nos países latino-americanos durante o período do neoliberalismo. A partir dos postulados de Vattimo (1994) sobre o fim da Modernidade, argumenta sobre o ocaso da ideia de progresso ocidental e o surgimento de outros ideais e estilos de vida. Finalmente, se apresentam as razões que fazem necessária uma mudança do modelo, instando a redução voluntária do consumo e do decrescimento econômico como alternativas de desenvolvimento desligadas da ideia de progresso postulada no mundo ocidental, baseado na cosmologia ancestral kichwa do bom viver ou *sumak kawsay*.

Palavras-chave: Não consumo, bom viver, decrescimento econômico.

Introducción

Desde que la crisis de la deuda emergió a principios de la década de los 80, los países deudores del Tercer Mundo han venido contribuyendo a la riqueza de los países desarrollados en términos de liquidez, pagándoles anualmente un promedio de 30 billones de dólares más de lo que ellos a su vez reciben por concepto de los nuevos préstamos. En el mismo período los alimentos disponibles en el Tercer Mundo decrecieron alrededor del 30%. No obstante, el área de cultivo de soya del Brasil, por sí sola, bastaría para alimentar a más de 40 millones de personas si en su lugar fueran sembradas plantaciones de frijoles y maíz. Asimismo, en el siglo XX murieron de hambre más personas que en cualquier otro siglo, y el abismo entre los países ricos y los pobres es cada vez más amplio (Boaventura de Sousa Santos, 2003, p. 26).

Con el neoliberalismo como modelo económico imperante en los últimos 30 años, el comportamiento consumista de la mayoría de las sociedades occidentales y mediorientales que se incorporaron a la economía mundial desde la revolución asiática, ha desempeñado un papel importante en la consumación de mayores recursos naturales, ya que concentraron su desarrollo inicial en el uso y exportación de materias primas y bienes del sector primario de las economías en vías de desarrollo. Debido a que la idea de progreso y de felicidad occidental se afincó, entre otras cosas, en el consumo indiscriminado de bienes “efímeros”, el ritmo frenético de la productividad y el reemplazo de los bienes que pasan de moda por la obsolescencia programada, han generado mayor contaminación y daño ambiental. De esta forma, el desempleo, la pobreza y el desastre ambiental ameritan con urgencia una intervención y medidas rigurosas para detener el deterioro del planeta y brindar otras opciones de “desarrollo” alternativo o a escala humana. Siguiendo a Ulrich Beck (2000): las sociedades actuales están experimentando a nivel global, una serie de permutaciones fundamentales que ponen en tela de juicio la comprensión de la modernidad y abre un abanico de opciones equívocas de las que surgen nuevas e inesperadas variedades de lo social y lo político.

El artículo argumenta, en una primera instancia, con base en los postulados de Vattimo y Lyotard, cómo la idea de progreso y el ideal de hombre construidos desde la visión occidental han perdido vigencia y le han dado cabida a nuevos ideales de progreso y modelos de vida. Estas circunstancias se consideran como los hitos que

dan comienzo a la posmodernidad, la cual ha permitido, a través de los *mass media* y las redes sociales, la difusión de paradigmas menos consumistas y estructurados en principios que difieren de la idea de progreso eurocentrista, sobre los cuales se podrían estar construyendo nuevos patrones económicos, como el decrecimiento económico y el no consumo voluntario, que contribuyan a solventar la crisis del medioambiente que vive gran parte de la humanidad.

Desde esta perspectiva y en segunda instancia, se argumenta cómo a partir del principio quechua del ‘buen vivir’, que difiere del paradigma occidental del consumo, se podría hacer frente a la devastación de los recursos naturales de los pueblos latinoamericanos. Se trata de otros sistemas económicos, que contribuyan a la mejor distribución de los recursos en las sociedades actuales.

El ocaso de la modernidad y el ideal occidental de progreso

Vattimo (1994) plantea que el fin de la Modernidad y el subsiguiente paso a la posmodernidad son el precedente de las sociedades posindustriales, que Touraine (1973) y Bell (2008) describen como sociedades desarrolladas que habrían evolucionado a un estado de desarrollo ulterior al proceso de industrialización de la Revolución Industrial, pasando a una sociedad de la información y el conocimiento (Castells, 1999), y que reestructuraría gran parte de la sociedad basándose en los adelantos tecnológicos, la investigación científica, la educación y las TIC.

En *La sociedad transparente*, Vattimo arguye que “la modernidad ha concluido cuando –debido a múltiples razones– deja de ser posible hablar de la historia como un decurso unitario” (1994, p. 75). En el siglo XX se dan los primeros intentos de periodizar la historia humana, se establecieron las edades Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, que según los occidentales –quienes de hecho la protagonizaron y al poseer el “don” de la escritura la plasmaron– ordenaron el acontecer de forma lineal y progresiva hacia un estadio final lejano en el horizonte: el futuro al que se llegaba de la mano del progreso estructurado a partir de la ciencia. Desde esta perspectiva, se entiende la historia como una serie de hechos ordenados en una línea de tiempo concebida y construida como una realización progresiva que avanza hacia el futuro, hacia el “progreso”. Por ende, se le atribuye mayor valor a lo que está más lejos del origen, a lo más “moderno”, o a lo más avanzado en el camino de la “civilización”,

estructurada con y alrededor de los hechos que para Occidente son relevantes: la Revolución industrial, las guerras mundiales, la llegada del hombre a la Luna, la caída del muro de Berlín, etc. De acuerdo con Vattimo: la historia fue construida desde una sola perspectiva y a partir del eje o centro del nacimiento de Cristo y posteriormente “ordenada en torno a las vicisitudes de las naciones ubicadas en la zona central del occidente, que representa el lugar propio de la civilización, y fuera de la cual están los pueblos primitivos, los países en vías de desarrollo.” (1994, p.75). Según Yampara (2008), esta forma de ordenar el mundo promovió solo un modelo “monoteísta, monoculturalista y eurocentrista–, argumentando y atribuyéndose valores de universalismo, globalizador y cientificista” (p. 33), excluyendo valores cosmogónicos de otras civilizaciones, pueblos y culturas.

Por otra parte, Lyotard (1989) define la condición posmoderna –dentro del continuo y vacío proceso de la secularización– como la emancipación de la razón y de la libertad de la influencia ejercida por los “grandes metarrelatos”. La fragmentación, la babelización, no son ya consideradas males sino estados positivos porque permiten la liberación del individuo, “quien despojado de las ilusiones de las utopías centradas en la lucha por un futuro utópico, puede vivir libremente y gozar el presente siguiendo sus inclinaciones y sus gustos” (Lyotard, 1989, p. 13).

El ocaso de la Modernidad le resta importancia a los ideales de progreso y de hombre, edificados sobre la visión de desarrollo de la civilización occidental, y la concepción de la historia como un decurso unitario que se construye, como se dijo, alrededor de los hechos relevantes para Occidente. Tales circunstancias se consideran como el hito que da comienzo a la posmodernidad o a la era posindustrial, en la que a través de las redes sociales y los medios masivos de comunicación se difunden otros modelos y versiones de la historia, surgidos de grupos sociales minoritarios o del “tercer mundo”, que se fundan en principios que difieren de la idea de progreso occidental, y que en lugar de considerar el consumo como sinónimo de desarrollo, se abren a otras experiencias más trascendentes y ligadas a las concepciones ancestrales de sus pueblos originarios. En este sentido, el ideal de hombre occidental blanco, educado, cosmopolita y con una amplia capacidad de compra y de solventar ampliamente todas sus necesidades materiales a partir del trabajo, se ve reemplazado por otro que se abre a otras opciones de crecimiento por fuera de la órbita del consumo, y más que pensar exclusivamente en la satisfacción de sus necesidades, piensa en las necesidades de la Tierra y en los derechos de las comunidades indígenas, de la naturaleza, de los animales o de los pueblos oprimidos.

El mercado y el consumo

La implementación de políticas económicas recesivas a las economías en desarrollo por parte del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial en la década de los noventa del siglo pasado, que partieron de la invención de un molde que se ajustara indiscriminadamente a cualquier economía (Stiglitz, 2002), contribuyó a la concreción del modelo neoliberal y a su tendencia de reducir el tamaño del Estado (Beck, 2000), de tal manera que se constituyera en un ente regulador mas no interventor de los asuntos económicos y en un promotor de la competitividad y el libre mercado. Este comportamiento delegó en las multinacionales y en otros agentes el poder de dirigir los destinos de las naciones, con el agravante ético de anteponer el lucro por encima del bienestar (Ahumada, 1996), sin tener en cuenta que nuestras economías, por estar precisamente aún en desarrollo necesitaban algo más que la *Mano Invisible* para salir del subdesarrollo.

Esta fórmula condujo a la explotación indiscriminada de los recursos naturales de los países del tercer mundo, que bajo la falacia del desarrollo sustentable o sostenible, ha generado una mayor concentración de la riqueza en los países desarrollados y el deterioro del medioambiente. Según López (2008), el discurso dominante nos intenta persuadir de que la “eficiencia”, el “desarrollo sostenible” y la innovación tecnológica pueden lograr el milagro de los panes y los peces de continuar creciendo en un planeta finito, solo a base de poner algunos frenos a la ineficiencia y al despilfarro. Pero no hay nada más falso, pues se ha comprobado que el ritmo de consumo de las sociedades occidentales no le da tiempo al planeta para recuperarse de tan brutal explotación. Por su parte, como se ha venido mencionando, Beck (2000) afirma que se presenta una ruptura histórica con las ideas maestras (y con ellas también las respuestas básicas institucionalizadas de la primera modernidad que remiten las unas a las otras), las cuales pierden su autonomía y poder de convicción, pues en la dimensión de la globalización, la idea de territorialidad, por ejemplo, la crisis ecológica pasar a ser de carácter global, y la idea de la explotación de la naturaleza como base del crecimiento ilimitado, se pone también en tela de juicio.

Aun así, América Latina se sigue consolidando como destino de la inversión extranjera para la explotación de sus recursos naturales y la minería a gran escala, con las consecuencias funestas que esto trae para sus selvas y sus ríos. Fue con la crisis del petróleo de 1973 que los países desarrollados sentaron un precedente y se dieron

a la tarea de inventar un modelo en el que se aseguraran de una vez por todas el aprovisionamiento de materias primas, recursos naturales y energía que los países del tercer mundo les proveían, y a su vez, hacerles creer que explotándolos de forma “mancomunada”, los llevaban por la senda del progreso hacia el desarrollo económico que ellos ya habían logrado. Como lo menciona Murillo (2008): los “países pobres” estaban en posesión de importantes cuotas de energía y materias primas necesarias para la producción de mercancías que debían ser exportadas, para lo que definieron un nuevo ordenamiento en el que “compartieran” sus recursos naturales y su mano de obra barata, bajo los principios del “Capitalismo Mundial Integrado” (Guattari, 1995) o neoliberalismo, en el que la no intervención del Estado, el libre mercado y la reducción de las trabas para que las empresas multinacionales se establecieran en sus territorios para explotar “conjuntamente” sus recursos, generarían empleo y los llevaría finalmente a la riqueza.

Al día de hoy, a pesar de que la participación del sur en el mercado global se ha incrementado en un 40 % (Perry, 2015), vemos que la pobreza aún se expande en nuestros territorios y que la explotación de los recursos minerales del subsuelo, por ejemplo, no deja más que muerte y desolación, y la contaminación de nuestros ríos y mares.

Es evidente que no podemos seguir aplicando íntegramente, sin ajustes y lecturas propias, la lógica económica postulada desde la ideología neoliberal. Si esta lógica se cuestiona en los países desarrollados, en un mundo que opera dentro de las condiciones ideales del mercado y particularmente del mercado financiero, un mercado intrínsecamente inestable, ¿qué podemos decir desde la *periferia*? Hay que tratar de cuestionar deliberadamente la teoría económica, no sólo desde su interior, sino desde sus aplicaciones prácticas, usando la reflexión filosófica y ética que renace en la particularidad de los países latinoamericanos. Es necesario abordar los problemas económicos partiendo de los saberes ancestrales a lo largo de un camino fecundo que permita plantear teorías y métodos de análisis innovadores como alternativa a la ciencia dura e inhumana.

En los problemas de la distribución de la riqueza y de la reducción de la pobreza este propósito debe conducir a una reflexión que incluya las posturas de nuestros pueblos originarios y donde la economía entre en permanente diálogo con la sensibilidad de la vida diaria de nuestros campos y selvas, y se plantee un sentido diferente en la búsqueda de una vida humana digna. El problema de la pobreza, de la contaminación ambiental, las crisis sociales recurrentes y la globalización excluyente demandan día a día de la reorientación de los modelos de desarrollo hacia opciones más cercanas a

nuestros postulados ancestrales y la conservación de nuestros recursos y fuentes de agua; para tal fin debemos combinar con creatividad, realismo económico y cohesión social nuestras visiones del mundo y las particularidades de nuestras formas de abordar el desarrollo económico teniendo en cuenta nuevas propuestas y paradigmas. El modelo económico que llevó a todos los rincones del planeta una apropiación privada del patrimonio público y la obsesión por el enriquecimiento personal debe ahora cuestionarse, puesto que vivimos en un planeta finito que no puede satisfacer las necesidades infinitas de tan solo el 20 % de su población.

Es innegable que este proceso, este volver a la humanización fue desterrado en la modernidad a partir de la libertad individual y el utilitarismo, y ha conducido al desarrollo de la sociedad capitalista a extremos de inhumanidad en los que la riqueza se concentra cada vez más en unos pocos, y la pobreza y la inequidad se incrementan para la mayoría. En este sentido, la condición de mutabilidad del ser humano le debe permitir retomar el camino de la consciencia y la autointrospección, de manera que lleve a cabo reflexiones profundas sobre el sentido de su existencia en un mundo compartido por todas las especies, y su responsabilidad con los otros seres vivientes y el planeta a partir de la probidad que le permite alcanzar su propio desarrollo. (Cabral, 2012).

El ideal de progreso asentado en el consumo ha generado el ciclo vertiginoso de la productividad y competitividad hasta convertir al hombre, en la segunda mitad del siglo XX, en el consumidor que destina el fruto de su trabajo solo para comprar y comprar y no encontrar satisfacción alguna. En tal sentido, Bauman menciona el cambio que se comienza a dar en la posmodernidad, de una sociedad de productores a una de consumidores.

En su etapa presente de modernidad tardía –esta segunda modernidad o postmodernidad– la sociedad humana impone a sus miembros (otra vez, principalmente) la obligación de ser consumidores. La forma en que esta sociedad moldea a sus integrantes está regida ante todo y en primer lugar; por la necesidad de desempeñar ese papel; la norma que les impone, la de tener capacidad y voluntad de consumir (Bauman, 2000, p. 44).

Sobre este creciente fenómeno, Vásquez afirma que:

hoy el glamour de las mercancías aparece como nuestro paisaje natural, allí nos reconocemos y nos encontramos con nosotros mismos, con nuestros ensueños

de poder y ubicuidad, con nuestras obsesiones y delirios, con los desperdicios psíquicos en el escaparate de la publicidad; verdadero espejo que nos devuelve nuestra imagen deformada (2011, p. 2).

Consumir en la época actual es una de las tendencias humanas por excelencia, una actividad que no hace más que incrementar el inmenso abismo que se cierne entre el ser humano, sus congéneres y la naturaleza. Díaz (2006) nos lo hace ver más claramente: si queremos vivir realmente en armonía con el medioambiente se hace indispensable un cambio de prioridades, en la medida en que las preferencias más elevadas sustituyen al mero consumo. En palabras de López:

El consumismo hoy domina la mente y los corazones de millones de personas, sustituyendo a la religión, a la familia y a la política. El consumo compulsivo de bienes es la causa principal de la degradación ambiental. El cambio tecnológico nos permite producir más de lo que demandamos y ofertar más de lo que necesitamos. El consumo y el crecimiento económico sin fin es el paradigma de la nueva religión, donde el aumento del consumo es una forma de vida necesaria para mantener la actividad económica y el empleo (2008, p. 3).

Lo que está ocurriendo es sumamente grave: las consecuencias catastróficas que el consumo masivo ha tenido sobre la naturaleza son incalculables y han empezado a cuestionar la capacidad del planeta para mantener a la raza humana más allá del 2050. Esta es otra de las razones por las cuales es necesario postular otras ideales de progreso y de felicidad con base en una ética de la frugalidad que considere el respeto por la naturaleza y por la vida de los animales como algo fundamental e innegociable.

Nuevos ideales de progreso

El desarrollo de los medios de comunicación y las redes sociales, herramientas que los occidentales concibieron para difundir su idea de civilización, así como la solidez y seriedad de los estudios culturales de Fals Borda y Arturo Escobar, entre otros, le ha dado la oportunidad a otras etnias, guetos, minorías y grupos académicos del sur que antes permanecían en el olvido, de proponer y difundir otros ideales de progreso y paradigmas de desarrollo como el no consumo voluntario, el decrecimiento económico o el “buen vivir”.

De esta forma, desde la década de los 70 del siglo pasado, se han venido perfilando tendencias ecologistas que propenden por la protección de los animales y de los recursos naturales. Una de ellas es el decrecimiento económico o también llamado decrecentismo, definido como una corriente social y económica que advierte que la mayoría de los habitantes de los países desarrollados han llegado a niveles suficientes de satisfacción de sus necesidades materiales y que en tal sentido no es necesario seguir creciendo, pues su crecimiento ya no tiene un límite y se expande a abismos de opulencia y consumo innecesario e implica la explotación y desgaste de cuantiosos recursos en otros lugares del planeta. Por esto, se hace necesario entrar en un periodo de contracción económica voluntaria que sirva para repensar las verdaderas necesidades humanas y para construir una sociedad más justa, más participativa y ecológicamente sostenible. En palabras de López:

Con la teoría productivista, que afirma que la cantidad de recursos naturales requerida por unidad de producto disminuye con el progreso técnico, los economistas proclaman una “desmaterialización” de la producción que no es cierta. La extracción de materias primas sigue imperturbable, con el petróleo como hito, y el crecimiento demográfico y la expansión del comercio hacen trizas todos los propósitos de contener la degradación de la Tierra (2008, p. 2).

Se trata, entonces, de concebir otros paradigmas de progreso que darían origen a nuevas herramientas, de tal manera que se contribuya a una mejor distribución de los recursos entre las sociedades desarrolladas y las menos desarrolladas, y que se amaine el impacto ambiental de las acciones humanas. Este propósito encierra, por supuesto, la necesidad de reducir los niveles de consumo y de plantear el decrecimiento económico como alternativas de verdadero desarrollo humano, de tratar de entender que este no depende exclusivamente de la satisfacción de las necesidades materiales más allá de los límites de la verdadera necesidad.

No consumo voluntario

Evidentemente, la propuesta de un paradigma económico que postule la reducción del consumo voluntario o el decrecimiento económico, se ve a simple vista como un despropósito para el desarrollo económico. Gran parte de la teoría macroeconómica parte de los principios de ahorro, inversión y consumo, y en consecuencia del crecimiento de la demanda agregada como variable insustituible para lograr la reducción

de la pobreza y mejores cotas de riqueza y de calidad de vida. Pero este crecimiento indiscriminado a costa de la devastación de la Tierra debe tener un límite, más aun si se ha visto que a la riqueza alcanzada puede acceder solo el 20 % de la población mundial y que gran parte se ha destinado a la satisfacción de deseos suntuarios que se sitúan más allá de las verdaderas necesidades humanas. Según Beck (2000), las respuestas institucionalizadas de la primera modernidad –más y mejor técnica, más y mejor crecimiento económico, más y mejor ciencia, más y mejor diferenciación funcional– ya no convencen ni se tienen en pie, y le deben dar cabida a otras propuestas. Con mayor énfasis, si recordamos que:

El desarrollo coincide con la elección de adoptar un modelo de progreso industrial conforme al cual cada uno tendría que construir el suyo propio, pero sin tener que sufrir el sometimiento y la explotación implícita en el colonialismo. Esta ambigüedad conduce a importar, con la idea de desarrollo, el conjunto de categorías —que conciernen a la riqueza, las necesidades, la productividad, la relación con la naturaleza y los saberes— elaboradas por la economía política en Occidente en el marco específico del capitalismo industrial (Varcellone, 2004, p. 64).

En tal sentido, desde una perspectiva del sur, hay que deconstruir el concepto de desarrollo y desasociar el crecimiento al progreso, que por antonomasia se ligó al consumo y a una supuesta mejora en las condiciones de vida de las personas. Para tales efectos, lo primero es aceptar que desde la perspectiva de los pueblos indígenas, que postulan el concepto del “buen vivir”, el desarrollo no es consumir, y la noción de progreso no existe. Las sociedades precapitalistas no dedicaban gran parte del día al trabajo productivo, pues desconocían este concepto; de hecho, se ofrecían al “ocio”, a la recreación de sus ritos, a la contemplación o a la socialización, estaban por fuera del orden “natural” del “progreso” y por esto fueron catalogadas como subdesarrolladas y posteriormente excluidas.

Los indígenas americanos desconocían estos preceptos y el concepto de riqueza occidental, vivían sus vidas a otros ritmos y dinámicas, el paso de los días; los ciclos propios de la existencia estaban ligados a los ciclos del fenecimiento de la naturaleza. No había afán de nada, mucho menos de enriquecerse, razón por la cual para los españoles implementar la idea de trabajo, de producción, de progreso o de enriquecimiento, no fue tarea fácil, pues la concepción del tiempo prehispánico difería radicalmente de la

concepción del tiempo occidental, ligada ya, bajo las transformaciones del capitalismo mercantil, a la idea de progreso y por ende de enriquecimiento (Cabrera, 2012).

A lo anterior hay que sumar que en la cosmovisión de los pueblos indígenas no existía el concepto de acumulación, en las sociedades cazadoras y recolectoras no existía el afán de acumular riquezas o excedentes que se observa en la nuestra: para ellas los *stocks* de riquezas estaban en la naturaleza y no tenía sentido acumularlos, ni era posible acarrearlos (Naredo, 2006). Por estas razones y por la acepción diferente del concepto de “trabajo” y el desconocimiento del concepto de riqueza que tenían los indígenas, para ellos el sentido de la vida no está en explotar la naturaleza, sino en conservarla: la naturaleza es lo que nutre, es la “madre”, y no se debe explotar más allá de las verdaderas necesidades. Según Acosta:

En la cosmovisión indígena no hay el concepto de desarrollo entendido como la concepción de un proceso lineal que establezca un estado anterior o posterior. No hay aquella visión de un estado de subdesarrollo a ser superado. Y tampoco un estado de desarrollo a ser alcanzado forzando la destrucción de las relaciones sociales y la armonía con la Naturaleza. No existe, como en la visión occidental, esta dicotomía que explica y diferencia gran parte de los procesos en marcha. Para los pueblos indígenas tampoco hay la concepción tradicional de pobreza asociada a la carencia de bienes materiales o de riqueza vinculada a su abundancia (2010, p. 11).

Por tales razones, se postula el decrecimiento sostenible como una de las opciones que podrá detener el deterioro del planeta. Según Martínez Alier (1998), es un proceso de transición democrática y equitativa hacia una economía de menor escala, con menos producción y menos consumo, en la que las características más relevantes son las de sostenibilidad ambiental, cooperación mutua o reciprocidad, reciclaje y reutilización que deja de lado la competitividad para darle paso a la cooperación y al comunitarismo.

El concepto del “buen vivir”

Como se mencionó, el principio del “buen vivir” surge de los intereses y tradiciones ancestrales de los pueblos indígenas latinoamericanos y de otras culturas y tradiciones más antiguas. Según Acosta (2010), se sustenta también en algunos principios filosóficos universales: budistas, aristotélicos, ecológicos, cooperativistas, humanistas,

que consideran entre otras cosas, que el crecimiento material no es la única vía a la que debería darse necesariamente prioridad, y que a escala global, la concepción del crecimiento basado en inagotables recursos naturales y en un mercado capaz de absorber todo lo producido no ha conducido ni va a conducir al bienestar de la mayoría de los habitantes de la Tierra.

En términos generales, el concepto del “buen vivir” postula la restauración del mundo y del equilibrio entre el hombre y la naturaleza, desarrolla principios, códigos y valores indígenas que han resistido y persistido durante más de quinientos años, los cuales sería preciso rescatar para así recuperar la cultura de la vida, en armonía y respeto mutuo con la naturaleza (Choquehuanca, 2010). En lugar de seguir manteniendo el divorcio entre el hombre y su biósfera, y considerarla como ente inanimado y fuente inagotable de recursos, sin dar cabida a su aquejamiento y consideración a su necesidad de recuperarse por fuera de la explotación humana, la tarea consiste en propiciar su reencuentro, en intentar unificar los principios de sostenibilidad que se rompieron por la fuerza imparable de una concepción de vida que resultó ser devastadora. Para lograr esta transformación civilizatoria, la desmercantilización de la naturaleza se perfila como indispensable. “Los objetivos económicos deben estar subordinados a las leyes de funcionamiento de los sistemas naturales, sin perder de vista el respeto a la dignidad humana y la mejoría de la calidad de vida de las personas. El crecimiento económico es apenas un medio, no un fin” (Acosta, 2010, p. 18).

Conclusiones

Según Yampara (2001), la idea de armonía entre lo material y lo espiritual se convierte en un aspecto central de la reivindicación del “buen vivir” andino, como sinónimo de equilibrio que deberá incorporar una concepción holística que persigue la conciliación entre los modelos económicos existentes. Como se ha mencionado, subyacen en estos principios la centralidad de la filosofía desprendida del ámbito material como el jainismo, el hinduismo y el budismo, y las formas de vida de los pueblos originarios andinos como base de las propuestas del “buen vivir”, entre los que se destacan prácticas como el vegetarianismo, el veganismo, la cooperación mutua o reciprocidad que se asocia a la frugalidad y a una vida en interacción con la naturaleza, ejerciendo su aprovechamiento bajo la opción de su recuperación, y basada en disponer de lo necesario y suficiente dentro de una vida austera y desvinculada del anhelo de consumir más allá de lo necesario.

Una economía social no consumista sería capaz de incrementar el bienestar humano y la equidad social, al tiempo que podría reducir dramáticamente los riesgos ambientales, el desequilibrio ecológico y permitir a largo plazo la recuperación de los ecosistemas y la regulación de la temperatura del planeta. Toda la problemática ambiental, la escasez del agua, la acumulación de millones de toneladas de basura, etc., nos obligan a implementar a consciencia nuevos modelos de desarrollo a escala humana: “Así, de la misma forma que las fracasadas apuestas por el desarrollo y el bienestar han descansado en el crecimiento, la opción por el Buen Vivir en clave postdesarrollista debería necesariamente basarse en la apuesta por el decrecimiento” (Unceta, 2013, p. 200). Por ello, es innegable que desde los modelos de desarrollo inspirados en tejidos comunitaristas y posiciones éticas de no consumo, podríamos migrar hacia estilos de vida que mitiguen el impacto negativo sobre la armonía ecológica del planeta Tierra.

Referencias

- Acosta, A. (2010). *El Buen Vivir en el camino en el camino del postdesarrollo*. Quito: Friedrich Eber Stiftung.
- Ahumada, C. (2006). La teoría marxista de la plusvalía absoluta: una clave para entender las condiciones laborales en el período neoliberal. En J. Estrada (comp.). *Teoría y acción política en el capitalismo actual, Marx Vive*. (pp. 355-388). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Arendt, H. (1998), *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Beck, U. (2000). *Un nuevo mundo feliz*. Barcelona: Paidós.
- Bell, D. (2008). *The Coming Of Post-industrial Society*. New York: Basic Books
- Boaventura, de Sousa Santos, (2003). La caída del Angelus Novus: Ensayos para una nueva teoría social. Colección En Clave de Sur. 1ª ed. ILSA, Bogotá D.C. Colombia.
- Cabrales, O. (2012), La aceleración del tiempo en relación con la idea de progreso y la crisis del trabajo. *Revista Entramado*, 8(2), 106-122.
- Castells, M. (1999). *La era de la información*. Volumen 1. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

- Choquehuanca, D. (2010). Vivir Bien y NO mejor [en línea]. Recuperado de <http://servindi.org/actualidad/41823>
- Díaz, C. (2006). Comunitarismo y personalismo comunitario. En *Primer Encuentro Iberoamericano de Comunitarismo*. Memorias Paipa: DANSOCIAL. [en línea]. Recuperado de <http://institutojuanpabloterterra.org.uy/files/Comunitarismo-y-personalismo-comunitario---CarlosDiaz.pdf>
- Guattari, F. (1995). El capital como “integral” de las formaciones de poder. En *Cartografías del deseo*. (pp. 37-63). Buenos Aires: La Marca.
- López, D. (2008). El decrecimiento económico, una verdadera alternativa a la crisis ambiental [en línea]. Recuperado de <http://www.ecologistasenaccion.org/spip.php?article10798>.
- Lyotard, J. F. (1989). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.
- Martínez, J. (1998). *La economía ecológica como ecología humana*. Madrid: Fundación César Manrique.
- Murillo, S. (2008). Producción de pobreza y construcción de subjetividad. En A. D. Cimadamore y A. Cattani (coords.). *Producción de pobreza y desigualdad en América Latina*. (pp. 41-77). Buenos Aires: CLACSO, Siglo del Hombre Editores.
- Naredo, J. (2006). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social: más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.
- Palacios, V. (2004). Desde el campus [en línea]. Recuperado de <http://www.udep.edu.pe/publicaciones/desdelcampus/art1202.html>.
- Perry, G. (16 de mayo de 2015). El ascenso del sur [en línea]. *ElTiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/el-ascenso-del-sur-guillermo-perry-columnista-el-tiempo/15768239>.
- Rifkin, J. (2004). *El fin del trabajo*. España: Paidós.
- Stiglitz, J. (2002). *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.
- Touraine, A. (1973). *La sociedad postindustrial*. Barcelona: Ariel.
- Unceta, K. (2013). Decrecimiento y Buen Vivir ¿Paradigmas convergentes? Debates sobre el postdesarrollo en Europa y América Latina. *Revista de Economía Mundial*, (35), 197-216.

- Vásquez, A. (2011). Baudrillard. Cultura, simulacro y régimen de mortalidad en el Sistema de los objetos. *Cuaderno de Materiales* (23), 705-714.
- Vattimo, G. (1994). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós.
- Vercellone, C. (2004). Las políticas de desarrollo en tiempos del capitalismo cognitivo. En *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva* (pp. 63-70). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Yampara, S. (2001). El viaje del Jaqi a la Oamaña. El hombre en el Vivir Bien. En J. Media, Suma Qamaña. *La comprensión indígena de la Vida* (pp. 73-80). La Paz: Gestión Pública Intercultural.
- Yampara, S. (2008). Interculturalidad: ¿Encubrimiento o descubrimiento de las matrices civilizatorio culturales? Fundación Equitas. Foro 3. [en línea]. Recuperado de <http://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/091001.pdf>